

**HANS PFITZNER**

**PALESTRINA**

Leyenda musical en tres actos

Libro y música de Hans Pfitzner

©Versión española de  
Ángel-Fernando Mayo Antoñanzas  
Madrid, 1999.

## DRAMATIS PERSONAE

La acción se desarrolla en noviembre y diciembre de 1563, el año de la terminación del Concilio de Trento. El primer y el tercer acto, en Roma. El segundo, en Trento. Entre el primer y el segundo acto median unos ocho días; entre el segundo y el tercero, dos semanas.

## I. Papeles cantados

El Papa Pío IV	bajo profundo
Bernardo Novagerio, Cardenal legado del Papa	tenor
Giovanni Morone, Cardenal legado del Papa	barítono
Cardenal Christoph Madruscht, Príncipe Obispo de Trento	bajo profundo
Cardenal Borromeo, Cardenal romano	barítono
El Cardenal de Lorena	bajo
Abdisu, Patriarca de Asiria	tenor ligero
Anton Brus von Möglitz, Arzobispo de Praga	bajo
El Conde Luna, Legado del Rey de España	barítono lírico
El Obispo de Budoja, obispo italiano	tenor
Theophilus, Obispo de Imola, obispo italiano	tenor
Avosmediano, Obispo de Cádiz, obispo español	barítono-bajo
Obispo Ercole Severolus, maestro de ceremonias del Concilio de Trento	barítono-bajo
Dandini von Grossetto	tenor
El Obispo de Fiesole	tenor
El Obispo de Feltre	bajo
Dos Obispos	bajos
Un joven doctor	contralto
Un obispo español	barítono
Un criado español	bajo
Giovanni Pierluigi Palestrina, maestro de capilla en la Iglesia de Santa María la Mayor, de Roma	tenor
Ighino, su hijo, quince años	soprano
Silla, su discípulo, diecisiete años	mezzosoprano
Cantores de la Capilla de Santa María la Mayor, de Roma	
Primer y segundo cantores	bajos
Tercer y cuarto cantores	tenores
Quinto cantor	bajo profundo
Cantores de la Capilla Papal.- Arzobispos, obispos, abades, generales de las Órdenes, ministros plenipotenciarios, procuradores de príncipes eclesiásticos y seculares, teólogos, doctores de todas las naciones cristianas, criados, soldados tridentinos, pueblo de las calles.	

## II. Papeles mudos

Dos nuncios papales, Laínez y Salmerón, Generales de los jesuítas  
 Massarelli, Obispo de Thelesia, secretario del Concilio  
 Giuseppe, el viejo criado de Palestrina

## III. Apariciones cantantes

La aparición de Lucrecia, la fallecida mujer de Palestrina      contralto  
 Las apariciones de nueve maestros de la música fallecidos

Primera, segunda y tercera aparición	tenores
Cuarta, quinta y sexta aparición	barítonos
Séptima, octava y novena aparición	bajos

Primera, segunda y tercera voces de ángeles	sopranos ligeras
---	------------------

#### IV. Advertencias para los papeles

Dado el gran número de personajes se hace necesario, incluso en los grandes teatros, que algunos cantantes tengan que hacerse cargo de dos o tres papeles distintos que sólo intervienen en un acto. Como los repartos tienen que ser previstos también, obviamente, desde el punto de vista de las individualidades adecuadas, no se puede hacer una distribución general. Sin embargo, según el tipo vocal pueden fijarse ya como ejemplo las correspondencias siguientes:

##### Tenor ligero

Acto I: Primer maestro fallecido  
Acto II: Abdisu

##### Tenor lírico

Acto I: Segundo maestro fallecido  
Acto III: Tercer o cuarto Cantor de la Capilla de Santa María la Mayor

##### Barítono lírico

Acto I: Cuarto maestro fallecido  
Acto II: Morone

##### Bajo profundo

Acto I: Noveno maestro fallecido  
Acto II: Madruscht  
Acto III: Papa Pío IV

Parecidamente, un solo cantante --siempre presupuesta la adecuación de la individualidad-- puede asumir también la siguiente correspondencia de papeles: Tercer maestro fallecido-Budoja-tercer (o cuarto) Cantor de la Capilla de Santa María la Mayor; o Séptimo maestro fallecido-Lorena-cuarto Cantor de la citada Capilla; etc.

#### ORQUESTACIÓN

Cuatro flautas (3. y 4. también flautines)  
Flauta en Sol  
Tres oboes (3. también corno inglés)  
Tres clarinetes en Si y en La (2. y 3. también en Mi bemol)  
Clarinete bajo en Si  
Tres fagotes  
Contrafagot  
Seis trompas en Fa  
Cuatro trompetas en Fa  
Cuatro trombones  
Bombardino  
Timbales  
Percusión  
Bombo

Platillos  
Gong  
Triángulo  
Campanólogo  
Cimbalos

Órgano  
Celesta  
Dos arpas  
Dos mandolinas  
Cuerda (con viola d'amore)

En el escenario  
Flautines  
Clarinetes en Do  
Mandolinas  
Guitarras  
Campanas  
Batintines



*(se interrumpe de nuevo; libre)*

¡Que el viejo me deje voluntariamente,  
ésta es la cuestión!

*(prosigue)*

“Bellísima, desdeñosa dama,  
ninfa con ojos de estrellas.”

*(vuelve a detenerse)*

Verdaderamente, él me quiere,  
casi me da pena...

*(permanece pensativo)*

*Deja la viola y el arco encima de la mesa y se levanta del sillón.*

¡Mas qué magnífico impulso libre  
recorre nuestro tiempo!

*Atraviesa la habitación con movimientos elásticos y llenos de alegre esperanza.*

¿No es, al pensar ya en la alegre Florencia,  
como si mi propia naturaleza  
se liberara del necio yugo de la opinión general  
y escalara los grados más altos?  
Al igual que en mi amado arte las voces del canto,  
dependientes de la constante, lamentable polifonía,  
se liberan allí en una existencia independiente...

*(ahora está ante la ventana y mira afuera)*

¡Allí está mi Roma!  
¡Nido venerable, manténte viejo,  
como tú mismo eres, confiado a lo Antiguo!  
Guarda con el fuego y la espada, como a tu religión,  
en el bello arte a la vieja tradición.  
Deja que la guarde el viejo Palestrina,  
seguro que aún dará nuevas flores.  
Pero a mí me arrastra lejos el impulso tras todo lo bello,  
lo nuevo;\_/  
¡y así como veo ante mí, radiantes, gloria y vida,  
así ascenderá aún en permanente liberación  
la entera humanidad a insospechada altura!

*Ighino entra lentamente por la puerta, parece estar triste.*

Segunda escena

**Silla**

¡Ighino, qué oportunamente te veo!  
Tengo que decirte algo nuevo...  
¡Mas, primero, un rostro jovial!

**Ighino**

¿Deberé preguntar mucho?

**Silla** Si mi Ighino me promete  
no quejarse a su padre...

**Ighino** (*rápido y preocupado*) ¿No será nada malo para él?

**Silla** ¡Para mí es seguramente sólo bueno!

**Ighino** Entonces me alegro y te deseo suerte.

*(se sienta en el escabel cercano al gran sillón)*

**Silla** Di..., ¿no es más bello responder sólo de sí mismo,  
que verse como una pieza pequeña de un todo?

**Ighino** Sabes que en mi forma de pensar  
estoy tan del todo frente a ti,  
que no tengo respuesta a tu pregunta.  
Mas siento una cosa:  
la amable comunidad  
entre sí de hombres buenos  
es siempre lo más hermoso.

**Silla** ¡La condición del fuerte es ser señor  
y punto central del círculo!

*(se sienta cerca de Ighino en el respaldo del sillón)*

Ighino, cuando cantamos en el coro,  
--yo el contralto, tú el soprano--,  
y sudamos con las pesadas cosas  
que ideó la erudición,  
¿no es como si los asnos fueran juntos,  
uncidos a un yugo?

**Ighino** Esto no puede entenderlo así mi corazón.  
Justamente para los fuertes es hermoso,  
cuando se unen íntimamente,  
desvanecerse en un todo  
digno del trabajo y del sacrificio.  
¿No hemos sido instruidos sobre esto por mi padre?  
Y nada eleva más el espíritu,  
nada da más paz en la tierra,  
que vivir en el todo, en el conjunto,  
no meramente en el *momento* presente.  
Los esfuerzos llegan a ser mis alegrías  
cuando me embelesa por entero el sentimiento  
de que la joven vida de los viejos tiempos  
viene hacia nosotros como por un encantamiento.  
Sí, Silla, si no admites esto,  
entonces tienes también que censurar a mi padre,  
pues, lo que yo decía, también lo piensa él.

**Silla** (*riendo*) ¡No fue difícil advertirlo!

- Ighino** (*tras un silencio*) Pero hay una diferencia:  
nosotros somos aún jóvenes, el maestro, viejo.  
¡No habría un bosque ameno,  
si cada pájaro silbara la misma canción!  
¿Por qué me hacen tus palabras tanto daño?  
Y di, Silla, ¿qué es lo querías decirme  
y no debe saberlo mi padre?
- Silla** (*elusivo, se levanta del respaldo del sillón*)  
¡No es nada importante!
- Ighino** (*vehemente*) ¡No, no, tienes que decírmelo!
- Silla** Mejor dime tú primero lo que te oprime;  
pareces contristado y nada feliz.
- Ighino** ¡Ay, Silla! ¿Puedo entonces decírtelo?  
Seguramente no me comprenderás.
- Silla** (*impaciente*) ¡Habla, pues!
- Ighino** (*conteniendo las lágrimas*) La aflicción de mi viejo padre...  
¡No puedo verlo sufrir así!
- Silla** ¿Está enfermo?
- Ighino** No, no, no es esto.
- Silla** ¿Qué es entonces? ¿Una desgracia?
- Ighino** (*mueve la cabeza*) ¿Lo sé yo acaso?  
Sólo veo cómo se desespera en silencio.
- (se levanta del escabel; unos instantes de sorpresa)*
- Silla** (*paseando por la habitación*) ¡Creo, Ighino, que ves esto tú solo!  
Por Dios, yo no he notado nada.
- (Ighino se encoge de hombros)*
- Y si tú mismo no sabes la causa...  
¡La tristeza ha de tener, empero, una causa!
- Ighino** (*apocado*) ¿No te parece su vida causa suficiente?
- Silla** Esto es casi un pecado, amiguito,  
hablar aquí de desgracia.  
Cada hombre tiene que llevar  
en el mundo su pequeña cruz.  
Él no está enfermo, no padece necesidad,  
y aun aventaja a otros hombres:  
¡Es famoso! ¿Qué más quiere todavía?

¡Si lo pienso, es inusitadamente afortunado!

**Ighino** (*tranquilo y doliente*)

Ya sabía yo que hablarías así;  
por eso nunca te dije una palabra de esto,  
aun cuando anhelaba tanto  
poder confiarme a un alma.  
¡Dios mío! ¡Su fama!  
Su legítima fama, que en silencio y con el tiempo  
se extendió alrededor suyo como un traje de gala.  
¿Aún tendría que estar él agradecido por esto,  
ser un santo para su aureola?  
¿Y qué es, pues, lo que le ha traído su fama,  
sino la envidia y la abierta insidia de sus colegas?  
Su única felicidad humana, familia, matrimonio,  
lo proscribió del favor y de la cercanía del Papa.<sup>\*)</sup>  
Apenas está a cubierto de la mayor pobreza.  
Dime, pues, para qué le sirve este fantasma,  
la fama que otros se granjean falsamente,  
esos que no le llegan a la suela de los zapatos.  
¿Y crees que él dice jamás algo,  
que un suspiro de los labios lamenta jamás su suerte?  
Durante toda una generación creó y creó  
sin cesar obras en número prodigioso.  
Hasta que al fin lo alcanzó el golpe más duro...

*(avanza hasta situarse delante del cuadro)*

hasta que mi madre yació en el féretro.  
Murió ella, aquélla a quien nunca abandonó la pena  
de que por su causa fuera él expulsado de su empleo.  
Entonces se hizo en él el silencio y el vacío.  
Desde su muerte no ha escrito una sola nota.  
Parece no vivir ya, envejece a edad temprana,  
apenas sonrío alguna vez...  
Silla, mira:  
yo mismo soy alegre, tengo amor a la vida,  
pero ahora todo me parece también muy sombrío.

*Un silencio. Silla se sienta en el escabel y coge la mano de Ighino.*

¿Hablar así, crees, es realmente pecado?  
¡Dios mío, quizá todas éstas no son las causas!  
¿No has oído aún del dolor del mundo,  
del que hablan los poetas?

---

(\*) Julio III nombró a Palestrina Cantor de la Capilla Pontificia, en 1554, aun cuando el puesto estaba reservado a célibes y el compositor se había casado en 1548. Su sucesor, Pablo IV, lo destituyó por esta razón en 1555. Rehabilitado después como Maestro de Capilla de San Pedro, Gregorio XIII lo enaltecó como "Príncipe de la Música".

**Silla** Bien, ¿y qué?

**Ighino** Se va y se llora por haber nacido,  
creo que en mi padre hay algo de esto.

*(breve silencio opresivo)*

**Silla** *(se pone de pie)* ¡Deja ahora “el dolor del mundo”!  
Todo mejorará,  
y oye, con esto volverás a alegrarte:  
ya hace tiempo que quiero tocarte una cancioncilla  
en el más nuevo de los estilos.

*(coge la viola)*

¡Escucha!

**Ighino** ¡Ay, deja!

**Silla** *(mira, asombrado, a Ighino)* ¡No debes negarte,  
cuando compañeros del arte preguntan tu juicio!

*Ase la viola y el arco, toca y canta mientras se sienta en la silla que hay delante del órgano, con la espalda vuelta hacia el foro; Ighino le escucha medio sentado en el respaldo del sillón grande.*

**Silla** “Bellísima, desdeñosa dama,  
ninfa con ojos de estrellas,  
a los lamentos del más fiel de los pastores  
deja ablandar tu corazón.  
En la elísea floresta,  
de jacintos una lluvia,  
ninfa con ojos de estrellas,  
cae sobre ti y sobre mí.”

Tercera escena

*Entra el Cardenal Borromeo y, detrás de él, lo hace Palestrina. Borromeo se detiene en la puerta, Palestrina está junto a él. El Cardenal Borromeo es un hombre alto entre los 40 y los 50 años, de rostro inteligente y ojos apasionados; Palestrina pasa ya de los 50 y tiene el pelo algo cano, sobre todo en las sienes.*

**Silla** “Bellísima, desdeñosa dama,  
de cabellos dorados...”

*Silla se interrumpe de improviso, empujado por Ighino. Este había advertido a los llegados, ha llamado la atención de Silla con un grito y un pequeño empujón y ahora cae, y con él el asustado Silla, de rodillas. El Cardenal clava furtivamente su mirada en Silla; éste aparta la suya, entre el miedo embarazoso y la risa reprimida; Ighino tiene fijos los angustiados ojos en ambos hombres.*

**Borromeo** *(comienza al fin después de severo silencio)*

¡Extraños sonidos se oyen aquí,

en la casa del severo maestro!

*(a Palestrina)*

¿Es éste el arte, “preneste”, que enseñáis?

**Palestrina** *(tranquilo, en su sitio)* ¡Esto te pregunto a ti, Silla!

*(Silla calla, confuso)*

Id ahora ambos adentro  
y mañana, con la primera luz, estad preparados  
para ejecutar el salmo.  
¡Besad ahora la mano a Su Eminencia!

*(lo hacen)*

¡Sed piadosos y no hagáis ruido!

*Silla e Ighino, el primero con la viola y el arco, salen en silencio y ligeros por la izquierda después de haber besado la mano de Borromeo.*

**Palestrina** *(calmando a Borromeo)* Esto es el tiempo nuevo, que en él germina;  
¡lo hace insensato, pero feliz!  
¡Perdonadle, os lo ruego, según Vuestra Bondad!

**Borromeo**  
¡Bien, mas si al menos yo lo entendiera!  
¿Qué le ocurre al muchacho?  
¡Cuán pecaminosas sonaban estas notas!  
Y vos... vos no parecéis especialmente asombrado.  
¿Sabéis, pues, de esto? ¿Qué es? ¡Hablad!

**Palestrina** Lo sé, pero Silla cree que no estoy al tanto.

*(mira con afecto hacia allí por donde ha salido Silla)*

¡Es un joven lleno del don de Dios!  
No siento en mí derecho alguno para prohibírselo.

**Borromeo** *(acalorándose)* ¿No le amenazáis una sola vez? ¿Sois tan benigno?  
¡Os tomáis esto, me parece, muy poco en serio!

**Palestrina** ¡Ay, el amenazado lo soy sólo yo, no él!

*(más grave)*

El arte de los maestros de muchos cientos de años,  
misteriosamente unido a través de los tiempos  
para levantarse sólidamente como catedral prodigiosa,  
al que ellos consagraron su vida, su confianza,  
y al que yo mismo ofrecí mi propio ser,  
le parece a él una cosa vieja, gastada por el uso.  
Lo cree superado, lo cree muerto.

Ahora, en Florencia, diletantes  
han extraído artificialmente arias  
de viejos escritos paganos.  
En lo sucesivo se hará música a partir de ellos.  
Y Silla se les une, entusiasmado,  
y piensa sólo en los nuevos sonidos y vive con ellos.  
¡Quizá tiene, además, razón!  
¿Quién puede saberlo,  
si el mundo va ahora por caminos insospechados,  
y lo que nos parecía eterno  
pasa como el viento?  
Verdaderamente, pensarlo confunde... apenas es comprensible.

**Borromeo**

¿Y vos queréis dejarlo ir tan tranquilamente?  
¿Olvidáis sobre qué roca está edificado  
vuestro propio arte, en el que vos mismo no confiáis?  
¿Olvidáis a la poderosa Iglesia?  
¡Verdaderamente, vuestro cansancio me escandaliza!

*(tras un silencio, se suaviza: se acerca a Palestrina)*

Me parecéis anímicamente enfermo hace ya tiempo;  
muy preocupado, hallé lo único que yo podía considerar  
el medio que debe salvaros.  
Durante muchos años no habéis  
hecho uso de los dones de vuestro espíritu.  
Reflexionad: los ángeles están en vela  
y quieren tener cantos de alabanza.  
El mismo Dios os ha escogido a vos  
entre miles para el nuevo acto;  
por esto he venido sin tardanza  
y en secreto a vuestra casa.

**Palestrina**

¡La gracia que me dispensáis  
me obliga a deciros humildemente  
cuán agradecido... cuán honrado!

**Borromeo**

Sentaos, pues, a mi lado y oíd.

*Se sienta en el sillón grande. Palestrina lo hace en la silla, a la derecha.*

No por la parte de los fatuos diletantes,  
ni seguramente por la de descarados alumnos, hay peligro,  
allí donde por más de sus doscientos buenos años  
se esforzaron los maestros cristianos.  
No tememos aquí en exceso.  
Mas la tormenta viene, sólo que de otra parte,  
y lo que amenaza al Arte en su conjunto  
es la muerte segura, de un golpe.  
Sabéis que el sagrado Concilio de Trento  
se inclina ya a un final grato a Dios.  
Después de haber sido perturbado,

amenazado e interrumpido dieciocho años,  
de debatirse trabajosamente entre tormentas y desdichas.  
Ahora el Papa ha dado una orden terminante,  
y antes de que este año acabe  
quiere ver concluido el Concilio.  
En consecuencia, la última sesión será  
ya el próximo tres de diciembre.  
Sólo falta aún un decreto  
que afecta a algunas reformas internas.  
Allí se decidirá definitivamente,  
por última vez, sobre el ritual  
breviario, catecismo, ayuno y oración,  
pero en especial sobre el misal.  
¡Ay, nuestra dulce, sagrada Misa!  
Los nuevos errores, bárbaros para el oído,  
¿a quién afectarían dolorosamente el sentido  
sino al antiguo compositor papal  
y a mí, que soy un amigo de las Artes?  
¡Textos profanos,... por entero lascivos!  
¡Motivos de canción sensuales!  
¡Textura vocal sobrecargada,  
que hace incomprensible el auténtico texto!  
¡Cuánto enojo ha traído ya todo esto!  
¡Ya conocemos lo bastante la calamidad!  
En vez de limpiar ahora con celo e inteligencia,  
de separar del tronco los miembros perezosos,  
Pío quiere, pues, aniquilar  
de una vez todo el cuerpo.  
Todo debe volver al coral gregoriano.  
¡La entera música figurativa,  
las obras maestras innúmeras  
deben devorarla las llamas!  
¡Cuando oí de esto por primera vez,  
cómo invadió el dolor mi ánimo!  
De poca fe es quien cree, de la bondad  
de Dios, que ella impide a los hombres  
la alegría por las flores de la belleza.  
¡Seguramente yerra el que tal enseña,  
el que sólo tiene la preocupación  
de proteger a las almas!  
Bien que me esforcé hace poco, en el Consistorio,  
con pláticas, rogué a los cardenales  
que no se eligiera un medio tan duro;  
pero todos permanecieron callados ante mis ruegos.  
¡Mas oíd ahora la dicha que os comunico!

*(A partir de aquí con creciente calor)*

El propio Emperador Fernando  
se ha manifestado a favor de la Música;  
en un largo escrito desea:  
de la época de los grandes maestros  
debería permanecer lo antiguo bien ideado,

para que mantenga y avive  
 el espíritu de la devoción.  
 Ahora los señores no pueden  
 tratar sino según el juicio del Emperador.  
 Y de una vez por todas me fue fácil  
 hacer valer mis deseos  
 e incluso traer al Papa  
 a inclinarse a mis planes:  
 atended a donde iban mis pensamientos  
 y lo que he alcanzado.  
 Aunar todas las opiniones contrarias,  
 que traen peligro a este tiempo,  
 consiguiéramo sólo el espíritu  
 puro-amante del artista, que las entrelazara.  
 Que ahora la devoción, en el sentimiento  
 que eleva nuestro espíritu a lo supremo,  
 nos una estrechamente en el gozo  
 divino del prodigioso juego de los sonidos,  
 esto debe probarlo una obra maestra  
 que reconcilie dentro de sí todas las disputas,  
 que, para ensalzar la majestad de Dios,  
 suene en ricas formas imitativas.  
 En la extrema necesidad, guió  
 mi sentido como luces del pensamiento:  
 al fin cayó, pues, la última barrera  
 de la oposición que se me enfrentaba.  
 Si una obra tal se consiguiera  
 --esto me lo ha concedido el Papa--,  
 sea entonces revocado el rigor de la condena  
 que aún anatematiza al entero Arte;  
 el estilo y el carácter de la nueva Misa,  
 sea en lo sucesivo la norma firme.  
 Así, la conformación de esta obra  
 traería salvación y reforma a la Música.

*Mientras su discurso se ha ido haciendo cada vez más entusiasta, Borromeo se pone aquí de pie; con él se levanta también Palestrina.*

¡Y vos debéis escribir esta Misa!  
 ¿Quién podría insuflar tal estilo puro  
 a una obra y a la vez  
 con sentimiento eclesiástico?  
 ¡Ánimo, maestro, para vuestra fama eterna,  
 para la salvación de la Música en Roma,  
 poned en la catedral prodigiosa de sonidos  
 la sombra suprema de la flor de la Cruz!

*Palestrina, que ha escuchado atenta y tranquilamente, aunque sin especial participación, comienza ahora después de un corto silencio.*

**Palestrina**

¡Cuán bello es lo que decís!  
 ¡Y que consideración me guardáis  
 en vuestra grande alma!

¡Cuánto deseara yo que nunca os falte  
el hombre que se atreva a esta grandeza!  
Mas no os enojéis, si no disimulo:  
¡aunque lo sería gustosísimo,  
no soy el adecuado... jamás los seré!

**Borromeo** (*desilusionado, reprime su disgusto*)

¿Tan poco consciente sois de vuestra misión?  
¡Ciertamente, también pudiera ser  
que, de los grandes maestros de Roma,  
seguramente fuera fácil encontrar más de uno  
que os supere en ciencia y espíritu,  
que, dichosísimo, y teniendo presente el honor,  
llevara a término la obra  
que desagradecidamente apartáis de vos  
con insensata, incomprensible ceguera!  
La amistad que siento por vos,  
la loa del conocedor de vuestro estilo,  
la valoráis en verdad muy poco... ¡mal me pagáis!

**Palestrina** (*con modestia*)

Mal os pagara, augusto Cardenal,  
si yo, ocultando mis pensamientos al supremo juicio  
que graciosamente guió hacia mí la elección,  
me atreviera a llevarlo a cabo,  
en el sentimiento de que soy indigno.  
Pensad: ¡si llega, pues, el momento  
y no veis la obra ardientemente deseada,  
cómo se enojaría entonces conmigo el mismo  
pensamiento que antes confiaba tanto en mí!

**Borromeo** (*enfático y en tono de reproche*)

¿Es éste Pierluigi Palestrina,  
el hombre incansablemente presto al trabajo?

**Palestrina** (*en voz baja, como para sí*)

No lo es ya... La muerte abraza a la vida,  
la vejez gris bebe el rojo de la belleza.  
¿Cómo no sucumbiera también el órgano creativo  
del artista ante lo temporal-borroso?

**Borromeo** (*vehemente*)

¡No puedo entenderos! ¡No puedo sentir con vos!  
¡Renunciáis! ¡Bien! Mas pensad en esto:  
los maestros muertos elevan sus manos,  
gritan desde la tumba: "¡Salva! ¡Salva!  
¡Ay! ¿Quién salvará a nuestra música?  
¡Sacrílega y aniquilada ella, como nosotros!  
¡Con nuestras obras desaparece nuestra bienaventuranza!"  
¿Os deja esto también en paz?

**Palestrina** (*sonriendo quedo*)

Ay, sublime amigo,  
¿quién sabe, ciertamente, lo que sienten los muertos?

**Borromeo** ¡Mas oíd, oíd! ¡La advertencia fue seria!

*(cada vez más excitado, pues Palestrina calla)*

Si, así pues, no hay en vuestro corazón amor  
por aquellos a quienes debéis tanto,  
sabed ahora todavía más: también vuestras obras  
serán botín de la destrucción; ¡la pira  
está ya dispuesta para todas!

**Palestrina** *(siempre invariablemente tranquilo)*

Sea así...

**Borromeo** *(seco y cortante)* ¿Y si el Papa lo ordena?

**Palestrina** *(como antes)* Él puede ordenar,  
pero jamás a mi genio... sólo a mí.

**Borromeo** *(juntando las manos)* ¡Así, Dios no habla ya en vuestra alma!

**Palestrina** *(en voz baja)* Creo... que no.

**Borromeo** *(del todo fuera de sí)* ¡Quedaos, pues, con Vos!  
¡El hombre piadoso blasfema! ¡Pero oíd! ¡Oíd!  
¡Ahora, ahora os digo que aún os arrepentiréis!  
¡Con tal maldad pagáis la fiel solicitud!  
¡Bien... aún os arrepentiréis! ¡Mañana viajaré!  
¡Caballos veloces están ya preparados para mí,  
para correr a Trento! ¡Bien, me voy!  
¡Huele a azufre en vuestra cercanía!

*(sale con violentísima cólera)*

#### Cuarta escena

*Palestrina ha escuchado, consternado, el último exabrupto, que le cogió por sorpresa. Durante unos instantes sigue pensativo a Borromeo con la mirada. Después se vuelve, triste... afectado.*

**Palestrina** El último amigo, todavía afecto a mí,  
se va ahora también... y sólo tiene rencor  
por lo que mi pena le reconoció con repugnancia.

*(vuelve a mirar hacia Borromeo)*

Oh, si tú supieras, alma esclarecida,  
todo lo que aún susurra aquí, lo que quisiera hablar,

*(señalando su pecho)*

qué pensamientos oscuros, inquietantes...  
¡Entonces, la hoguera te parecería aún demasiado dulce  
para mí!\_/

¡Cuán extraños y desconocidos entre sí son los hombres!  
 Lo más interior del mundo es soledad.  
 No se siente en la alegre embriaguez de la juventud,  
 en el vértigo de lo habitual, del movimiento,  
 hacia el que la vida azuza incesantemente.  
 Mas quien yace herido en el trayecto,  
 ya no puede moverse, y sólo mira aún.  
 Le enfurece lo que pasa delante, máscaras extrañas,  
 persiguiendo y huyendo a medias, rabia y miedo  
 en la mirada levantada sin objeto.- ¡Cuán espantoso,  
 encontrarse de repente solo en la profunda selva,  
 donde no hay salida en la oscuridad!  
 ¡Así me encuentro yo en la mitad de la vida,  
 no comprendo cómo pude alguna vez crear,  
 cómo pude alegrarme jamás, cómo amé!

*(está de pie ante el retrato de Lucrecia)*

¡Lucrecia! - Cuando aún vivías para mí,  
 estaba yo protegido. Sí, allí brotaba la fuente,  
 y porque brotaba, la vida me era valiosa.  
 ¿Por qué no fue mi amor lo bastante fuerte  
 para mantenerte eternamente en mi cercanía?

*(se da la vuelta)*

¡Sentimiento desdichado! Con tristeza sé  
 que Ighino tampoco me tendría amor.

*Se sienta despacio y cansado interiormente en el sillón grande junto a la mesa.- Ahora se hacen visibles las primeras apariciones*

Mi buen muchacho... ¡ay, cuánto le quiero!  
 Y sin embargo... el último paso de todos, el más sombrío,  
 lo evité, no porque él sea culpable,  
 sólo porque es insensato, del todo insensato.

*(silencio; confundido y distraído coge las hojas de papel pautado que tiene ante él encima de la mesa)*

Debo escribir de nuevo música... una misa...  
 una gran obra... una "eterna", como se dice.  
 ...¿si sería capaz?...  
 ...¡El prelado me amenazó  
 con la destrucción de mis obras! ¡Si la llama  
 las devora de prisa o si el tiempo lo hace lentamente,  
 todo es lo mismo, y todo sin sentido, todo, todo!  
 ¿Para qué el entero crear, alegrías, penas, vida?  
 ¿Si yo sería capaz?... ¡No, ay, no! ¿Para qué?  
 ¿Para qué todo esto... ay... para qué... para qué?

*Con profunda desesperación sepulta la cabeza en los brazos, extendidos ante sí encima de la mesa. Entretanto, a la espectral luz violácea que ha extendido por la habitación la noche ya entrante, han aparecido figuras; éstas han avanzado despacio y en silencio desde el foro, totalmente oscuro, y rodean*

*ahora a Palestrina. Llevan distintas vestimentas --españolas, holandesas, italianas, alemanas, francesas-- y parecen proceder de diferentes siglos de la época prepalestriniana. La más antigua --siglo XIII- está representada por una aparición con hábito monacal. En ellas las hay de distintas edades, desde jóvenes a ancianos, con la vestimenta adecuada. Son los maestros muertos de las épocas pasadas, los grandes predecesores de Palestrina.*

Quinta escena

*Con las últimas palabras de Palestrina, los maestros, de pie, inmóviles y con la mirada extrañamente sonriente fija en él, contestan al “¿Para qué... para qué?” dicho por Palestrina en tono exclamatorio.*

**Los Maestros**

Para Él.- Su naturaleza lo quiere.  
Él tiene que hacerlo: así, también tienes tú que hacerlo.

*Palestrina levanta la cabeza hacia lo alto; a la vista de las apariciones apenas se asusta; la primera rigidez se muda pronto en una expresión más dichosa y blanda: musita, atado siempre por la visión de los maestros.*

**Palestrina**

Confiado... desde siempre confiado...  
¡Desde tiempo inmemorial!...

**Los Maestros** *(sonrientes, asintiendo con movimientos de cabeza apenas perceptibles)*

Confiado... confiado tú también...  
También tú a nosotros... confiado a nosotros.

**Palestrina** *(con excitación)*

Para mí es... yo vivo... ¿y vosotros no desaparecéis?  
La sonrisa aún... en los oídos el sonido de las palabras...  
Pero antes era para mí... era para mí...  
¿no moristeis ya?

*(los Maestros sonríen y mueven la cabeza)*

**Palestrina** *(a uno de los Maestros)* Te conozco... Josquin, tú, magnífico.  
Dame tu mano...

**Un Maestro** *(con traje cortesano, borgoñón, siglo XV; inmóvil)*

¡Te saludo, Pierluigi!

**Palestrina** *(casi con viveza, a otro)* Y tú,

¡Enrico Tedesco te llamaba yo  
con tanto agrado!

**Otro Maestro** *(traje alemán, siglo XV; inmóvil)*

¡Hermano mío, sé saludado!

**Todos los Maestros** *(en voz baja)* Te saludamos, Pierluigi.

**Palestrina**

¿En qué reino, pues, en cuál, maravilloso,  
estoy sumergido?... Enterrado hace ya tiempo,

pero aun así tan cálido, un anhelo juvenil  
se calma para mí en el honor de esta hora.  
¡Puedo veros,  
amados dioses de mis años floridos,  
vosotros, maestros! Amigos de mi edad adulta.  
Ay, si le sois comprensibles:  
¡descubrid al pobre espíritu, atrapado en la mortalidad,  
vosotros, sombras, si realmente... realmente sois!

**Los Maestros**

Somos nosotros... somos nosotros. Pier... somos nosotros.

**Palestrina** (*triste*)

¡Ay, seguro!... ¡Mi mirada es vaga, lo sé!  
Pero lo que me separa para estar como vosotros  
--con vosotros-- en vuestro país  
es el duro muro de la muerte.  
¡Para entrar en el círculo de los preclaros!

**Los Maestros**

Te miramos desde la vasta lejanía:  
tu evolucionar nos alegra, tu crecer, expansionar.  
El círculo de los preclaros está lleno del anhelo  
de aquél que lo cerrará: ¡Tú, elegido!

**Palestrina** (*dolorosamente*)

No yo... no yo; soy débil, estoy lleno de faltas,  
y un evolucionar ha concluido para mí.  
Soy un hombre viejo, mortalmente cansado,  
al final de una época grande.  
Y ante mí no veo más que tristeza...  
No puedo forzar mi alma a nada más.

**Los Maestros** (*ríen quedo entre ellos y dicen, divididos*)

Hum, hum, hum...  
Aún no lo sabe, no lo sabe...  
No sabe que tiene que hacerlo...  
Él lo sabe mejor...

**Dos Maestros**

Él lo sabe mejor.

**El Maestro que viste de monje**

¡Pierluigi, dar coces contra  
el aguijón, es temeridad!

**Palestrina**

Bien sé que vosotros luchasteis también antaño,  
en la Tierra, en la necesidad y con amarga renuncia.  
De la nueva fuerza, fue para mí a menudo única fuente,  
y más he agradecido yo a la íntima inmersión  
en parecidas penalidades de las almas iguales  
que lo que me ayudaron jamás la fe, la esperanza y la oración.  
Mas ahora está maduro el deseo de apartarse de aquí,  
donde florecía en mí, es ahora lugar muerto,  
y mi arpa la colgué en los sauces.\*)

---

(\*) Puede ser "...la colgué en los mimbres", en cuanto varillas  
para sostener el arpa o "...la colgué en los sauces", pues

Vosotros vivisteis intensamente en una época intensa,  
 que aún yacía oscura en la incoscienza,  
 como una semilla en la madre tierra.  
 Pero la luz de la conciencia, la mortalmente clara,  
 la que se eleva perturbando como el insolente día,  
 es hostil a la dulce obra de los sueños,  
 a la creación artística:  
 el más fuerte rinde ante tal poder las armas.  
 Ha desaparecido la fuerza, antaño tan grande;  
 con los ojos abiertos, a la venganza de la vida  
 quiero escapar del tiempo y del séquito  
 de los hombres, los cuales se debilitan con el tiempo.

**Los Maestros** (*ríen como antes y dicen, divididos*)

Hum... hum... hum... hum...  
 Aún no lo sabe... no sabe que él puede hacerlo.  
 Lo sabe mejor, hombre sometido al mundo.  
 ¡Aún no está hecha tu tarea en la Tierra!

**Palestrina** (*fuerte, rebelándose*) ¡No quiero... no quiero! ¡Oíd! ¡No quiero!

**Los Maestros** (*inclinan la cabeza, dirigiéndose significativamente los unos a los otros; por separado*)

¡Son los dolores del crecimiento!  
 ¡Viene del llegar a ser!  
 ¡La última muda,... es la mutación!

**Palestrina** (*tranquilo, para sí*) Lo que otrora era suprema dicha para mí, es ahora  
 sordo deber./  
 Ningún consuelo en el cielo... ninguno en la tierra.

**Los Maestros** (*a Palestrina*) No en el cielo, no en la tierra  
 puede nadie dar consuelo al otro,  
 salvo por su ser: y, querido hijo,  
 somos nosotros... somos nosotros... somos nosotros.  
 Y así, como tú tienes que hacerlo ahora,  
 así tuvimos que hacerlo nosotros en vida.  
 ¡Tu serás y tú tienes que hacerlo!

**Palestrina** ¿Y quién lo ordena?

**Los Maestros** El viejo Maestro del mundo,  
 el que es sin nombre: el asimismo sometido  
 a la Palabra primigenia al borde de la eternidad.  
 Él crea su obra, como tú la tuya, (bis)  
 se forja anillos, figuras, gemas  
 para la resplandeciente cadena de los tiempos,  
 de los acontecimientos del mundo.

**Palestrina** (*en voz baja*)

¿Cuándo al fin será también para mí la última perfección?

**Los Maestros**

En ti, Pierluigi,  
 hay aún una luz clarísima:  
 aún no refulgió.  
 Un último sonido falta todavía  
 para el acorde sonoro;  
 como tal resonarás tú.  
 La piedra final del edificio  
 está dispuesta para ser encajada:  
 éste es el sentido del tiempo.  
 Cuando muestres tu entera imagen,  
 cuando tu figura esté completa,  
 así como ella resplandecía tenuemente  
 desde el principio en el espíritu del Creador,  
 resplandecerás entonces luminoso, entonces sonarás limpio,  
 Pierluigi, tú,  
 la última gema  
 en sus bellas cadenas.

**Palestrina** (*con leve estremecimiento*)

¿Por qué el entero juego?... Si esto no fuera,  
 ¿qué fuera entonces?... ¿Por qué el entero juego?...

**Los Maestros** (*extienden las manos, para rechazar esta pregunta; con dureza*)

¡Tu tarea en la Tierra, Palestrina!...  
 ¡Obra tu tarea en la Tierra!

*(desaparecen lentamente por el foro)*

**Palestrina** (*asustado*)

¡Ay... no me dejéis  
 solo en este vacío lleno de enigmas!  
 ...Cómo os desvanecéis tan pálidos...

**Los Maestros** (*desapareciendo, dulces, casi tristes*)

Tu tarea en la Tierra, Palestrina...  
 ...tu tarea en la Tierra...

*(desaparecen totalmente)*

Sexta escena

*Palestrina, que durante toda la escena anterior ha permanecido en el sillón, se endereza ahora en él, no recostado, con los ojos cerrados: oscuridad total. Inmediatamente después de la desaparición de los espíritus, comienza en voz baja y envuelto en el horror.*

**Palestrina**

Solo en la profunda oscuridad,  
 lleno de miedo, yo, un pobre hombre,

clamo a lo alto.

**Un ángel** (*sentado en el respaldo del sillón, inadvertido de Palestrina e iluminado por un claro halo*)

¡Kyrie... Kyrie eleison!

**Palestrina** (*toma mecánicamente la pluma y canta*)

Kyrie eleison,  
¿hay en algún lugar una fuente del amor,  
cuando en la tierra no fluye  
ya, cálida, en el corazón?  
Ay, ¿dónde se derrama ella,  
suave, para el cansado?  
¿Qué es lo que se abre  
a la mirada inquisitiva?  
¿Quién trae la paz?

**Dos ángeles** (*sentados, claramente iluminados, encima del positivo*)

Christe... Christe eleison.

**Palestrina** (*no deja ya la pluma; escribe y canta*)

Christe eleison.

*A partir de aquí la habitación se puebla de figuras de ángeles. Todos aparecen iluminados. Como todas las apariciones subsiguientes, éstas no son visibles para Palestrina.*

**Los ángeles**

Credo in unum Deum,  
Patrem omnipotentem.

**Palestrina**

¡Omnipotencia... fuerza misteriosa!  
¡Cómo a través del propio pecho  
pasa ahora, divino,  
el gozo omnipotente del Creador!  
¡Eterno Cantar de los Cantares!  
¡El milagro es posibilidad  
doquiera ella crea vastamente mundos!

*En el escabel, que ha permanecido siempre libre, aparece ahora la figura de Lucrecia tal como se la ve en el retrato; se inclina hacia Palestrina con afecto.*

**Lucrecia**

Cerca de ti estaba  
en las necesidades de la vida,  
cerca de ti estoy  
en la paz de la luz.

**Primer ángel**

In terra pax hominibus bonae voluntatis.

<b>Palestrina</b>	¡Misterio... del amor! A través de la noche profunda, a través de las delicias del poder del espíritu, me siento íntimamente unido a la humanidad bienaventurada.
<b>Lucrecia</b>	¡Paz también en la tierra a quien tiene buena voluntad! ¡Paz también a él!
<b>Tres ángeles</b>	Hominibus bonae voluntatis.
<b>Lucrecia</b>	¡Paz también a él!
<b>Palestrina</b>	Sonido amante...

*El techo parece abrirse, el foro desaparece. Se ve una Gloria de ángeles y cielo, que llena todo el escenario, de manera que sólo queda en la oscuridad Palestrina con la mesa y el sillón.- Aquí comienza a desaparecer la figura de Lucrecia.*

<b>Palestrina</b>	¡A exaltada dicha soy elevado!
<b>Angeles</b> <i>(los tres solistas con las sopranos)</i>	Gloria in excelsis Deo.
<b>Palestrina</b>	La gloria terrenal queda profundamente atrás.
<b>Los ángeles</b>	Gratias tibi! Laudamus te! Glorificamus te! (bis) Dona nobis pacem! (bis)
<b>Palestrina</b>	Dichoso, la mirada de la gratitud envío sólo a lo alto, para alabar con fervor el eterno poder del amor, que ha traído la paz, la paz.

*(con el último “dona nobis pacem” se desvanecen lentamente las apariciones)*

*La habitación vuelve a estar como antes. Se ha hecho oscuro de nuevo, pero no, como al comienzo de esta escena, noche cerrada, sino cuando rompe ya el alba. El crepúsculo matutino entra ya, rosáceo, por la ventana; a lo lejos se oyen, cada vez más fuerte, las campanas de Roma, que despierta.- Como agotado por un esfuerzo desmesurado, Palestrina se había recostado en un lado del sillón. El brazo derecho cuelga hacia abajo, la pluma ha caído de la mano, el papel pautado está esparcido sobre la mesa y el suelo. Palestrina duerme profundamente y permanecerá así hasta el final del acto.- Luz diurna en aumento.*

## Séptima escena

*Ahora Silla aparece de repente en la puerta. Después de que su mirada ha caído sobre el maestro, dormido, hace señas a Ighino, no visible aún. Ambos vienen con libros de canto, para los ejercicios matutinos.*

**Silla** *(con voz velada)* Ighino, mira, entra!

**Ighino** *(entra y se asusta al ver a su padre)*

Mi padre... Silla, ¿qué ha ocurrido?

**Silla** ¡Nada, nada! -- Ya lo ves, tan sólo duerme.  
¡Ighino, pero mira aquí!

*(ha descubierto las hojas de papel pautado anotadas y las recoge de la mesa y del suelo sin hacer ruido)*

**Ighino** ¡Ah, Silla, qué felicidad! ¡Ha escrito algo!

**Silla** ¡Seguro que ha permanecido en vela toda la noche!

*(va con las hojas junto a la ventana, para leer lo escrito al brillo de la luz de la mañana.-  
Hojean y leen con celo)*

**Silla** *(mientras lee)* La vieja manera..., pero no tan pesada.

**Ighino** Me parece en todo especialmente bello.  
¡En cada nota habla él!

**Silla** Sin embargo, apenas es comprensible.

*(serio)*

¡Una Misa completa, como advierto!  
El viejo, y una única noche.

*(permanece moviendo la cabeza)*

No creo que justamente esta obra  
honre mucho al viejo maestro.

*El telón cae mientras las campanas suenan con fuerza.*

SEGUNDO ACTO  
Preludio orquestal

*Trento. Un vestíbulo grande, alto, en forma de sala, en el palacio del Príncipe Obispo Madruscht. Por el foro, algo más bajo, corre la calle; dos o tres escalones llevan adentro a lo largo de todo el escenario (como estos escalones están en la parte exterior del foro, no necesitan ser visibles); en el proscenio se advierte un jardín pequeño, que, ha de suponerse, se abre más allá como penetrando en la sala de los espectadores. Día agradable y soleado del otoño tardío, por la mañana.- La sala está casi preparada para la celebración de una última deliberación conjunta antes de una sesión solemne, para una llamada "Congregación general", y realmente de la siguiente manera: a ambos lados, siguiendo todo el fondo del escenario, corren dos semicírculos de bancos y sillas, que prestan al escenario su aspecto ovalado; suben en forma de anfiteatro y al menos en cuatro graderíos. El semicírculo está cortado a la izquierda dos veces por dos escaleras que, a través de dos puertas en la parte más alta de la última fila de bancos, conducen al interior del palacio. De esta manera, a la izquierda hay tres secciones de asientos ascendentes. En la central, a media altura, están reservadas para los dos Cardenales legados dos sillas tapizadas de terciopelo; encima, es decir, detrás de ellas, otras dos de la misma clase para los dos Nuncios papales. A la misma altura que los Cardenales legados, pero hacia un lado, dos sillas más sencillas, la de la derecha para el Cardenal de Lorena, la de la izquierda para Madruscht; una fila más abajo hay una silla para el Cardenal Borromeo; las secciones laterales de bancos constan casi exclusivamente de esta clase de asientos, interrumpidos aquí y allá por una silla para un cardenal, como se describe después.- El semicírculo de enfrente, no interrumpido, consta prácticamente sólo de bancos. Pero en el centro y a la misma altura que el Cardenal de Lorena, hay colocada una única silla para el Conde Luna.*

Primera escena

*En esta silla está sentado, en actitud relajada, el segundo Cardenal legado, Bernardo Novagerio; en su cercanía, esto es, también en el lateral derecho del escenario pero debajo, está de pie, con el báculo en la mano, el Maestro de Ceremonias, Ercole Severolus.- Un cierto número de servidores italianos y alemanes está ocupado en acabar la disposición de la sala.*

**Severolus** (a los servidores)                    ¡Un banco aquí! ¡Y de prisa!

*(indica con el báculo el lateral izquierdo del escenario)*

¡Todos los italianos aquí!  
¡Hoy están en gran mayoría!

**Novagerio** *(hace una seña al Maestro de Ceremonias para que se le acerque más)*

¡La mesa de Massarelli,  
en mi inmediatez!

*(indica con los ojos una mesita con el pequeño pupitre, fácilmente transportable, que hay sobre ella, la cual está colocada todavía en el centro del escenario)*

**Severolus**    Así se hará: comprendo.

*(con confianza)*

Y decid: ¿el trono del conde Luna

*(indica la silla en la que está sentado Novagerio)*

está también en el sitio exacto?

**Novagerio** *(a gusto en la silla)* ¡Ercole, mira, ya lo estoy probando!  
Mas, ¿no te parece temerario  
que yo caliente el orgulloso  
sitial de honor del español?  
¿Y no me traicionarás?

**Severolus** *(vuelve a acercarse a Novagerio)*

Hace poco Láinez habló dos horas;  
si queremos acabar  
y de nuevo hablan ellos tanto,  
¿debo entonces interrumpir?

**Novagerio** ¡Hazlo! Pero hoy no se llegará  
de suyo a esto.  
¡Ahora, llama aquí a los criados!

**Severolus** *(hace una seña a los sirvientes)*

¡Aquí! El Reverendísimo Señor  
tiene algo que deciros.

*(los sirvientes vienen y se sitúan alrededor de Novagerio)*

**Novagerio** *(con tono malicioso)* ¿Conocéis la torre verde?  
¿Y conocéis también la cuna que hay dentro?  
Los niños a los que se mece allí  
gritan muy fuerte y nada contentos.  
¡Si de nuevo acuchilláis y dais golpes,  
como hace poco, por las calles,  
de manera que muchos de los piadosos Padres  
no se atreven a salir, por miedo, de casa,  
ya sabéis qué será de vosotros!  
¡Christoph Madruscht no entiende de bromas!

*Por la segunda puerta a la izquierda entra el Cardenal Príncipe Obispo Christoph Madruscht.  
Es un hombre robusto que, a pesar de su hábito clerical, causa más la impresión de un  
guerrero. Está serio y de mal humor.*

Ahí viene él mismo.

*(poniéndose de pie)*

Manteneos en paz,  
¿me lo prometéis?

**Los criados**

Lo juramos.

## Segunda escena

*Novagerio sale muy jovial y amistoso al encuentro de Madruscht, que ahora ha bajado los escalones. Saludos y estrechar de manos; se adelantan hacia el proscenio.*

**Novagerio** ¿Ha llegado ya de Innsbruck Morone?

**Madruscht** (*serio*) Aún no. Para una mera cortesía, seguridades, saludos enviados al Emperador por el Papa, treinta y un días... Me parece mucho tiempo...

**Novagerio** (*siempre muy amable y jovial*)

Para largas pláticas, no hay motivo.  
¿Qué será, pues? Nosotros estamos de acuerdo, amigo.  
Y al Emperador, a su hijo más amado,  
¿no le ha consentido todo el Santo Padre?  
No en Bolonia, su amada ciudad, no;  
en Trento, para los alemanes incómodo,  
se cierra el Concilio.  
Y que se cierre  
es el deseo ardiente de todos nosotros;  
¡ay, pero también el vuestro! Toda la Cristiandad  
suspira por el acuerdo final.  
Espero que la incomodidad  
del viaje no retenga a Morone...

*(observa el tiempo que hace)*

**Madruscht** (*indica, sarcástico, el brillo creciente del sol en el exterior*)

Bien, el tiempo de los últimos días  
no puede ser la causa.

**Novagerio** (*entusiasmado*)

¡Ay, sí! ¡Un bello día, divino, maravilloso!  
¡Quiera este sol, tal como rompe  
victorioso a través de las nieblas del otoño,  
ser simbólico para nuestras esperanzas!

**Madruscht** (*irritado, quiere volver a su tema*)

Pero en lo que se refiere a Morone  
y al Emperador, tengo que decir...

**Novagerio** (*divisa ya a Borromeo, quien, rodeado de algunos obispos y teólogos italianos, entra en este instante, despacio, por el foro*)

¡Borromeo!

*(corre a su encuentro y lo saluda)*



Un hombre afable, digno, el Príncipe Obispo.

**Novagerio** (*mira a Borromeo*)

Entregado al Emperador en cuerpo y alma.

**Borromeo** (*le sostiene la mirada*)

¿Seguramente sensible en lo que atañe a la Majestad?

**Novagerio** (*seguro*)

Como ésta misma: desconfiado y malhumorado.

**Borromeo** (*sonriendo*)

¡Seguramente con un poco de razón!

**Novagerio** (*afirmando, con íntima comprensión*)

De acuerdo en esto, sería buena cosa  
que, puesto que estamos solos,  
aprovechéramos este momento.  
Por ello, vamos a sentarnos.

*Mientras tanto, cuatro criados han traído una mesita, dos sillas, fruta abundante, vino tinto en bellas jarras de cristal y vasos; lo disponen todo delante del jardincillo y se alejan de nuevo.- Novagerio y Borromeo se sientan a la mesa.*

Y aquí, ante esta fruta y el vino tinto,  
escuchad la consigna para hoy:  
“¡De prisa, a la conclusión!” Así será.

**Borromeo**

¡A la salud de la piadosa Cristiandad!

*(escancia vino en los vasos)*

¡Corra así la sangre de los herejes!

**Novagerio** (*sirve fruta a Borromeo y a sí mismo*)

¡Y que nosotros partamos y saboreemos  
la fruta, madura hace ya tiempo!

*(beben y golosinean la fruta)*

**Borromeo**

¿Mas que hace Morone junto al Emperador?

**Novagerio**

Bien, bueno... Mantenerlo lejos de aquí  
y quitarle de la frente todas las arrugas  
del enojo que se le han acumulado.  
La corona de Roma confirma él,  
por la fidelidad del Papa,  
al joven Max, hijo del Emperador,  
el cual se inclina secretamente a la herejía.

**Borromeo**

Malo fuera, si él diera tal paso.

**Novagerio**

¡Oh, no alcanzar a ver el peligro!  
¡Allí aparecería un protector

de la peste luterana, del sapo del demonio!  
Mas...

*(en voz más baja)*

el trono de España,  
 y con él el sueño del dominio mundial  
 sobre todo el orbe católico,  
 atrae al padre y al hijo;  
 está ante ambas miradas codiciosas  
 y disuade al vehemente Fernando  
 de dar pasos precipitados.  
 Mucho ha de tener él que concedernos;  
 pero su venganza, la fe del hijo,  
 son las uvas no maduras para el viejo zorro.

*(levanta a lo alto un grano de uva y vuelve a dejarlo caer)*

¡Las dejará colgar, las buenas, las dulces!

**Borromeo**

El dominio mundial cristiano-católico,  
 una meta para la suprema fuerza soberana.  
 ¡Ciertamente! ¡Y con Roma, una poderosa unión!

**Novagerio**

Mas no confío en su ardiente rencor;  
 y que los alemanes, que tanto lo aman,  
 hayan permanecido fuera de este Sínodo,  
 le aflige más de lo que debe advertirse.  
 Por eso conviene concederle sin reparos  
 lo que, por lo demás, él ha pactado  
 sobre mejoras y deseos.

**Borromeo** *(pensativo)*

Hay en esto puntos importantes:  
 reforma papal y eclesiástica,  
 la comunión de los seglares, y aún otros compromisos...

**Novagerio**

¡Vaya! ¿He de instruiros?  
 Sabed, pues: la interpretación de las conclusiones  
 la conserva el Papa para él solo.  
 En esto no hay motivo de preocupación.  
 Los dogmas, vedlo, siguen firmes,  
 y lo que, por lo demás, alcancemos, si no por el momento,  
 lo devorará el resto logrado fácilmente.  
 ¡Por esto, “de prisa, a la conclusión”... sólo “de prisa,  
 a la conclusión!”\_/

El Papa lo quiere... El Emperador tendrá...

**Borromeo**

¿Será así debatido hoy lo que él  
 ha solicitado en las últimas semanas?  
 ¿Y se alcanzará el final deseado?  
 ¿Por dónde se empezará?

**Novagerio**

Por lo que se piensa fácil  
 y seguro de conseguir:  
 primero viene la cuestión de la música sacra,  
 después se virará a cosas más importantes.  
 ¡Ahora, digno amigo, éste es vuestro caso!

Cuando entonces alcanzasteis la victoria  
 por encima de nuestras opiniones todas,  
 no sospechaba yo cómo para la música de iglesia  
 viniera en ayuda  
 la preocupación de una entera situación.  
 ¡Ahora podéis alegraros!  
 ¡Ciertamente, vuestro mérito no es pequeño,  
 sois el salvador del canto artístico,  
 y unís a vos la Iglesia y el Trono!  
 La Misa tiene también que estar, pues, acabada.  
 ¿Cómo va la composición?  
 Todo ha sido ya propalado,  
 y para vuestra defensa de la polifonía  
 está preparado un "placet" unánime.")

**Borromeo**

Aquí me veis ahora en gran confusión.  
 Aún no se ha ido tan lejos en la Misa.

**Novagerio** (*asombrado*)

Mas todo era ya definitivo, como el amén...  
 El hombre estaba hallado...

(*buscando*)

Dijisteis su nombre...

**Borromeo**

Es Palestrina. Dirige el Coro  
 de Santa María la Mayor, en Roma.  
 Apenas puedo decirlo,  
 jamás lo hubiera imaginado...  
 Mi plan, mi deseo... los ha rehusado.  
 Yo mismo fui a su casa... le hice el honor,  
 y le presenté la solicitud del alto encargo.  
 Mas no le ha atraído esta forma magnífica,  
 permaneció como poseso del diablo, insensible.  
 Incluso que lo pidiera el Papa,  
 no le pareció merecedor de aplicación.  
 ¡Y a mi confianza ofreció como recompensa  
 sólo silenciosa obstinación, sólo perversa burla.

**Novagerio** (*escandalizado*)

¿El músico? Cómo, ¿el corista?  
 ¡Ved ahí como todo arte es cosa del diablo!  
 ¡Forzadle, entonces!

**Borromeo** (*apasionadamente*)

¿Creéis que dejo que se anden con bromas  
 conmigo? ¡He hecho prenderlo!  
 Y ahora aguardo a diario la nueva  
 de si la prisión rompe su obstinación.

---

(\*) La frase del socarrón Novagerio es, en su literalidad, más sutil: contrapone a polifonía (Mehrstimmigkeit) monofía (Einstimmigkeit), cuya traducción exacta es "unanimidad".

- Novagerio** ¡Muy bien! Mas ahora, adelante, pues ved:
- ¡el Santo Pío, tan inclinado a vos,  
se vengara, si le engañáis!  
¡Y también la Majestad Imperial!  
¡La obra tiene que estar aquí en el término deseado!
- Borromeo** Dudo mucho de que él sea doblegable.
- Novagerio** Entonces debéis nombrar a otro hombre,  
y reconocerlo como autor de la obra.  
¡Él tiene que hacerlo! ¡Vamos, insubordinación!  
¡El entero asunto ha ido ya tan lejos,  
la pequeña obrita de los hombres ha de nacer!  
¡La pide el sagrado Concilio,  
la desean los grandes de este mundo,  
cuando tales poderes quieren, ha de ser!
- Borromeo** ¡No le conocéis! Yo no he conseguido  
moverle a dar un sólo paso.
- Novagerio** Amigo mío... ¡Hemos obligado a otros!  
¡Por los clavos de Cristo! ¡Os apoyaré en esto!  
¡Para tal gente es una verdadera bendición  
la institución del viejo Pablo IV!<sup>\*)</sup>
- Borromeo** Lo más extremo... ¡Cuán temible emplearlo!
- Novagerio (frío)** Vos habéis empezado la obra... ¡Hay que acabarla!
- Borromeo (no sin dolor)** ¡Él era un maestro! ¿Cómo lo acusaré?
- Novagerio** ¡Ea, amigo, lo indigestible...

*(escupe graciosamente una piel de uva hacia atrás, hacia el jardincillo)*

...se escupe!

*Mientras tanto se han congregado clérigos y seglares de todas las naciones y rangos, participantes en el Concilio, y llenan el escenario desde su centro hasta el foro; forman grupos, los más de ellos ordenados por nacionalidades. En el foro, bien visibles, aparecen ahora, conversando, Madruscht y el Cardenal de Lorena.*

- Novagerio** Mas ved, el Lorenés, el Cardenal,  
que tan a menudo nos ha mortificado con protestas,  
está ahí tan ricamente unido al “oso alemán”.  
Esto no puede ser así... ¡Venid, vamos a la sala!

---

(\*) La *Congregación del buen régimen* interior de la Iglesia, dividida en tres secciones. Cada sección estaba compuesta por 8 Cardenales, 15 Prelados y 50 eruditos.

*Se mueven hacia arriba y se mantienen en la cercanías de Madruscht y el Lorenés. Mesitas, sillas, etc., son mientras tanto retiradas de nuevo por los criados.*

Cuarta escena

*A partir de ahora el escenario se llena cada vez más.*

**El Lorenés** (*a Madruscht*)

Numerosa será hoy la sagrada Asamblea.

- Madruscht** Mas apresurada que sagrada, me parece a mí.
- El Lorenés** Ahí tenéis toda la razón.
- Madruscht** Yo digo: ¡es una prisa indecorosa!  
¿Quién creerá aún allí que piensan en serio?
- El Lorenés** ¡En lo que es necesario a nuestro país, no!
- Madruscht** ¡Por Dios, deberíamos unirnos más!  
Y sin circunloquios: he de deplorar  
que vos, el más fuerte por lo demás en la oposición,  
hayáis pactado ahora con estos papistas!
- El Lorenés** Esto pudiera decirse con más razón  
de vuestro Emperador Fernando.  
¡Oíd sólo cómo se entendió con Morone!

*(al oír el nombre de Morone, Novagerio se acerca rápido y como involuntariamente.  
Asimismo, Borromeo)*

- Novagerio** ¿Ha sido hallado Morone al fin?
- El Lorenés** Hace poco bajó, cansado, del caballo.
- Borromeo** *(disculpándose con el Lorenés)*  
Perdonad que nosotros, así, sin ceremonias...
- Novagerio** *(igual)* Oímos el nombre: ¿podemos esperar, pues,  
que comience la sesión? No es ya temprano.
- El Lorenés** *(fino)* Dejados... tocar la pieza hasta el final.
- Madruscht** *(grosero)* O por decirlo de otra manera:  
¡puesto que no se alcanzará una unidad cristiana,  
dejados, pues tenemos que hacerlo,  
llevar ahora, consolados, la cosa a la tumba!
- Novagerio** *(sonriendo)* ¡Cuán amargamente habláis!  
*(se vuelve, para irse)*  
Quiero saludar a Morone...  
*(sale por la parte de arriba)*

*Borromeo invita al Lorenés a ir con él asimismo a saludar a Morone. Ambos salen. Poco después que Novagerio y Borromeo, se había sumado también al grupo Anton Brus von Müglitz, Arzobispo de Praga. Ahora, después de la salida de los tres, Brus se acerca a Madruscht. Éste le coge involuntariamente la mano.*

**Brus** (*mueve con tristeza la cabeza*)

Cuán embrollado y frío sucede todo aquí.

**Madruscht** (*irritado*)

¡No quieren las reformas!

**Brus**

Y la voluntad del Emperador...,  
¿está ya cansada?

**Madruscht** (*se encoge de hombros*)

La voluntad del Emperador...  
es ahora nuestro deber.

*El escenario está ahora muy lleno, los Padres se han congregado casi en su totalidad. A la derecha, delante, se ha situado un pequeño grupo de españoles; juntan las cabezas y señalan a los italianos, quienes, en gran número, llenan ahora el lateral izquierdo del escenario hasta el proscenio.*

**Los españoles**

¡Ved allí a los italianos!  
Como hormigas pululan hacia aquí.  
Ya ganaron a los franceses. (bis)  
El Lorenés no se resistió más,  
del Papa le vendrá la recompensa deseada. (bis)  
¡Qué estuviera firme, si no es el honor de España!  
¡Sí, el honor de España, para la burla de los papistas!  
¡Ved allí a los italianos!  
En la mayoría se advierte  
que la votación no es por naciones,  
sino sólo por el número de cabezas.  
¡Las cabezas! ¡Ved las cabezas!  
¡Cabezas engrasadas, blanqueadas, afeitadas!  
¡Máscaras papistas! ¡Criaturas de Pío!

*Entra el Conde Luna, acompañado por el siempre muy serio Avosmediano, Obispo de Cádiz.*

**El Conde Luna**

¿Vistéis a los enviados de Roma,  
venidos con los flejes de piel sobre las espaldas?

(*sarcástico*)

Traen al Espíritu Santo,  
que les inspirará las decisiones.

**Los españoles** (*riendo*)

Ja-ja, ja-ja, ja-ja, etc.  
¡Sobre el pollino vino de Roma  
el Espíritu Santo, viajando en la pequeña mochila!

*A un grupo de italianos, a la izquierda, acaba de sumarse una tropa de eclesiásticos asimismo italianos recién llegada; entre ellos, delante, el Obispo de Budoja, un prelado de aspecto divertido y rostro pícaro.*

**El Obispo de Budoja** (*vivo y alegre, al primer grupo*)

¡Queridos hermanos, sed saludados en el Señor!  
¡Compatriotas!

**Algunos del grupo**

¡Alabado sea Jesucristo!

**El Obispo de Budoja** (*dirigiéndose a un obispo de aspecto hambriento y bobo*)

Sois de San Felice, ¿no?

¡Yo os conozco!

**Un obispo**

¡Teófilo de Imola!

**El Obispo de Budoja**

Nunca estuve allí.

Casi nunca sale uno de su diócesis.

Yo soy el Obispo de Budoja.

**Otro obispo**

Yo, Dandini de Grossetto.

**Uno del primer grupo**

El Obispo de Feltre.

**Otro**

Yo, de Fiesole.

**El Obispo de Budoja**

¡Así me gusta un Concilio!

¡Uno ve algo del mundo

y, además, viaja sin gastos!

**Teófilo**

Se ha de celebrar las fiestas como vienen.

**El Obispo de Budoja**

¡He de admitir que yo no tendría nada

en contra, si durase algo más!

Mas por desgracia se ha llegado al final.

**El Obispo de Grossetto**

Es nuestro sagrado deber

votar por la conclusión.

**Teófilo**

Por eso estamos aquí.

**El Obispo de Budoja**

¡Es una lástima! ¡Me quedaría más tiempo!

Apenas ha llegado uno,

y ya tienes que volver a marcharte.

**Un doctor joven**

Si sólo mi dinero bastara aún,

me quedaría con gusto.

**El Obispo de Budoja**

Esto es lo de menos, amigo mío.

En caso de una estancia más larga,

ha de indemnizárseos.

**El Obispo de Feltre**

Pero nada se nos ha prometido...

**El doctor joven**

No he oído nada de dietas.

**El Obispo de Fiesole**

¡Nada de prolongación!

**El Obispo de Budoja**

Bien, Roma tiene que preocuparse de esto.

No se pretenderá

que nosotros hagamos ducados.

¡Los hago ya! ¡Los hago ya!

*Aquí entran lentamente de nuevo, viniendo del palacio, Madruscht y Brus; esperan un momento y ocupan después sus puestos; poco después entra sólo el Lorenés y ocupa también el suyo.*

**El Obispo de Fiesole**                      ¿Quién es el que está  
junto al Príncipe Obispo? ¡Di!

**El Obispo de Feltre**                      Es el Drakowitz.

**Dandini**                                      ¡No, es el Arzobispo de Praga!

**El doctor joven**                          Praga..., ¿está eso en Alemania?

**Dandini**                                      Mas bien en Bohemia.

**El Obispo de Feltre**                      De allí vienen los más de los herejes.

*(Teófilo se espanta)*

**Teófilo**                                      ¿Los herejes? ¡Oh, Jesús! ¿Vienen al final  
los herejes aquí? ¿Aquí, a Trento?

**El Obispo de Budoja** *(coge a Teófilo del brazo)*

¡La bondad de Dios mantuvo lejos del Concilio italiano,  
mi caro Teófilo, a los cerdos luteranos!  
Mas estamos aún bendecidos en exceso  
con la sarna francesa y la tiña española.

*Los obispos ríen y se dan la vuelta; al mismo tiempo aparecen arriba --saliendo del palacio por donde lo hicieron Madruscht, Brus y el Lorenés-- Novagerio y el Cardenal legado Morone.*

**Morone**                                      Enviamos las instrucciones a tiempo.  
Mi misión resultó bien, con la ayuda de Dios.

**Novagerio**                                    ¡No me déis menos importancia a las dificultades!

*(estrecha a Novagerio la mano)*

**Morone** *(igual)*                              Tengo esperanza y el mejor de los ánimos.

*Al mismo tiempo que Morone y Novagerio ha aparecido en la sala, abajo, con un pequeño séquito, el Patriarca de Asiria, Abdisu. Es muy viejo, con cabellos y barba blancos como la nieve, una figura extraña. Es rodeado en seguida; los italianos se reúnen también con él.*

**Abdisu**                                      Desde muy lejos vine entre fatigas y penas,  
pero mis pies me trajeron alegres aquí.  
Que yo pueda vivir el día del Señor,  
que mis viejos ojos vean aún esta obra:  
el renacimiento de toda la Cristiandad.  
De esto se alegra y se regocija mi corazón.  
Y con gusto me despediré de esta tierra bella.

*(todos quieren guiarle; el Obispo de Budoja se abre paso hasta él y lo conduce)*

**El Obispo de Budoja** Apoyaos en mí, hacedme el honor, Señor.

*La mayoría ha ocupado ya sus puestos. Ahora viene al centro el Maestro de Ceremonias y levanta el báculo.*

**Severolus** Yo, Ercole Severolus,  
Maestro de Ceremonias de este Sínodo,  
ruego, por la virtud del oficio a mí encomendado,  
a los Padres de esta Asamblea cristiana,  
a los reverendísimos Arzobispos y Prelados,  
a los distinguidos embajadores y enviados,  
a los sapientísimos teólogos y doctores,  
ocupar sus puestos según el orden y el derecho,  
porque debe comenzar la Congregación.

*Durante la pieza musical que sigue ocupan todos sus puestos. Al final de la misma, el escenario ofrece el siguiente cuadro: el primer sector del lateral izquierdo está ocupado, como se describió al principio, por los dos Cardenales legados, los dos Nuncios, el Lorenés, Madruscht y Borromeo. Detrás de la silla del Conde Luna le hacen compañía dos Consejeros Imperiales alemanes. Las dos filas centrales, o cuando son posibles cuatro gradas, son las más distinguidas; los asientos son aquí, en parte, sillas: arriba y abajo, sólo bancos. En las sillas están sentados Cardenales, embajadores religiosos, príncipes seculares y enviados de los príncipes. Los Prelados, en los bancos y según el rango: Patriarcas, Arzobispos, Obispos, después Generales de Órdenes religiosas, entre estos, visibles, los jesuitas Laínez y Salmerón; en las filas más altas y más bajas se sientan sólo Obispos, Abades, Canónigos, procuradores eclesiásticos y seculares, etc. El lateral izquierdo del escenario está ocupado sólo por italianos; en el derecho, se sientan, según el orden descrito, todas las demás naciones: franceses, españoles, portugueses, polacos, etc.; de los alemanes está presente sólo, en el lateral derecho, el Arzobispo de Praga. Como única y sola, ha sido colocada una silla, en la fila central, entre los italianos, para el Patriarca Abdisu. El Obispo de Budoja se sienta así en la proximidad del Patriarca, para poder hablarle siempre en voz baja. El foro lo llenan, de pie, teólogos, doctores y otros religiosos de menor rango. En el lateral izquierdo, ante la sección de bancos más central, muy cerca del asiento de Novagerio, está la mesa del Secretario, con atril (como se describió al principio): allí está de pie, escribiendo, Massarello, el Secretario del Concilio.*

**Severolus** *(en la misma posición de antes)*

Y ahora se levantará, para la salutación,  
el primer Cardenal legado del Papa.

*(Morone se levanta)*

Quinta escena

**Morone** *(junta las manos y con él lo hace toda la Asamblea)*

Al Espíritu Santo, que guía los Concilios,  
que guía también la presente Asamblea,  
le rogamos que descienda sobre nosotros  
y dispense a nuestra obra un buen fin.

*(separa las manos)*

A sus servidores, los Legados, el Sumo Pontífice nos habló así: «¡Sed ángeles de la paz!».  
 Llevando estas palabras en el corazón, ruego a Dios que yo logre la obra de la paz en vosotros, así como fielmente me esforcé en cumplir mi misión ante aquél para cuya cabeza imploramos la bendición de Dios: ¡ante el gran Emperador de Alemania, Fernando! ¡Reverendos Padres! ¡Queridos hermanos! Con toda la humildad que adorna al cristiano tened hoy presente: nosotros somos la flor de toda la Humanidad. Nosotros estamos llamados, para su gloria, a edificar la torre que desafíe a todos los tiempos. Nosotros, ante el Señor en verdad pequeños, pero grandes ante los hombres de todos los pueblos. No cerréis al Espíritu Santo vuestros corazones. ¡Él viene a nosotros!

*(con auténtico entusiasmo)*

¡Sí, sí,... Él viene a nosotros!  
 Nos da sabiduría, paz, unidad, conocimientos, amor, verdad.  
 ¡Todo esto... todo está en nosotros!  
 Ved a esos pobres, extraviados en el error, a esos herejes...

**El Obispo de Budoja** *(exclama en voz alta)*

¡Dios los ilumine!

*(le alcanzan miradas reprovivas; tras breve trastorno, Morone continúa)*

**Morone**

Cisma y perversa inquietud es su parte:  
 el fruto del insano error y el castigo de la arrogancia que fía en el propio albedrío pecador.  
 ¡Vedlo! ¡Ellos mismos se devorarán y serán aniquilados malditos y sin gloria!

**Gritos y murmullos**

¡Maldición a ellos! ¡Maldición a los herejes!  
 ¡Maldición a los herejes demoníacos!

**Morone**

Llevar adelante la gran obra gloriosa, para honrar a Dios, nos incumbe hoy, pues ya fue demorada demasiado tiempo, para enojo de toda la Cristiandad.  
 ¡Por eso, amados Padres, estad atentos a que el soplo del viento de la hinchada sabiduría no arrebathe las livianas velas del barquichuelo del lenguaje al callado puerto de la humildad!

**El Obispo de Budoja**

¡Una bella imagen!  
¿La habéis comprendido, Teófilo?

**Severolus** (*levanta contra él el bastón*)

¡Nada de interrupciones! ¡He de rogarlo enarecidamente!

**Morone**

Lleno del deseo de conceder a los príncipes lo que conviene a sus pueblos, y dispuesto a la paz, dio ahora el Señor de todos aquellos ejércitos, que en todo el orbe veneran a la Cruz, el último paso para la más plena unidad. Y todo buen príncipe quiere permitirle también con agrado al niño grande, al pueblo, ejercitar su fe en la forma como, según su peculiaridad y carácter, por medio del hábito, la costumbre y el uso, llegó a ser su deseo y necesidad.- Honrado hace poco con la misión ante el Emperador, y de nuevo preocupado tras largo cabalgar en llevar allí y aquí la rama de olivo de la paz, puedo daros ahora la más alegre nueva: en cuanto toque de cerca a la gloria de la silla de Pedro, y sirva de ofensa a Dios, está concedido a ella lo esencial.

**El Conde Luna** (*a los españoles*) ¡Observad bien, señores, la limitación!

**Novagerio** (*continúa en tono más sencillo*)

Sabéis de las proposiciones del Emperador; la cuarenta y dos es ya la más discutida, examinada y acabada. ¿Llegar a una breve conclusión con un sí o un no sobre lo que ahora aún resta, y dejar después la última redacción a la sabiduría del Papa, os place?

**Los Padres**

¡“Placet”! ¡“Placet”!

**Avosmediano** (*se pone de pie*)

¡“Non placet”!

**Severolus**

¡Avosmediano, Obispo de Cádiz!

**Avosmediano**

Para esto está convocado el Sínodo, para que con diligencia examine todas las cuestiones, hasta que el asunto esté dominado.

(*se sienta*)

**El Lorenés**

Pero hay puntos claros... menos claros, que se dejan separar bien: repitamos, pues, la pregunta después de cada punto aislado.

- Morone** ¿Os place así, Padres?
- Todos los Padres** ¡“Placet”! ¡“Placet”!
- Morone** Entonces, el ritual de la Misa primero. Así, con este artículo trigésimo venimos al deseo favorito del gran Fernando, que es el protector de toda arte piadosa. Él quiere ver en ésta, salvada de la total proscripción, la música futura, puesto que escribe:  
“De la época de los grandes maestros lo viejo bien ideado, en cuanto el espíritu de la piedad despierte y conserve.”  
Con la conformidad del Papa: ¿os place asentir a la conservación?
- Los italianos** ¡“Placet”! ¡“Placet”! ¡“Placet”!
- Todos los demás** ¡“Non placet”! ¡“Non placet”! ¡“Non placet”!
- Severolus** ¿Quién pide la palabra?  
*(Avosmediano se pone de pie)*
- Severolus** *(con leve mezcla de ironía)*  
¡Avosmediano, Obispo de Cádiz!
- Avosmediano** Había en esto un “pero”, un “sí”, del Papa. ¿Qué ocurre, pues?
- Novagerio** *(con amabilidad)* Primero debe ser producida una obra de prueba.
- Brus** ¿Era una Misa?  
*(Novagerio habla en voz baja con Borromeo)*
- Madruscht** Sí, era una Misa.  
*(la cabeza del Patriarca de Asiria cae aquí lentamente sobre el pecho; se duerme paulatinamente)*
- El Lorenés** La Misa de prueba.
- El Obispo de Budoja** *(a Teófilo de Imola)*  
¡Teófilo! ¡El Patriarca se duerme!
- Avosmediano** Pregunto: ¿será atendido el deseo del Papa?
- Severolus** ¡Habla el reverendísimo Cardenal Borromeo!

**Borromeo** (*tranquilo y frío*)

La Misa está escrita.

- Novagerio** La obra, lo oís, está ya compuesta.  
Por Palestrina, el hombre famoso.
- Los Padres** ¿Quién la escribe?... Seguramente, en Roma...  
¿Por quién?... ¿Cómo se llama?...  
El nombre es conocido...  
Un maestro piadoso...
- Novagerio** Acto seguido será probada en el palacio del Papa.  
¡Si os place así... indicadlo!
- Los Padres** ¡“Placet”! ¡“Placet”! ¡“Placet”! ¡“Placet”!
- Morone** Los próximos artículos a tratar  
están listos para terminar en seguida. Son:  
Uso de los idiomas nacionales en la Misa,  
y el Breviario...  
  
*(Brus se había levantado)*
- Severolus** ¡El Arzobispo de Praga!
- Brus** *(comedido pero con énfasis)* ¿Puedo preguntar  
por qué no se trata según el orden  
y todo por separado?  
También habría que recomendar,  
con poco tiempo y tanta prisa,  
que se despachara primero lo más importante.  
Pues de ordinario le importa al corazón del Emperador  
la comunión con las dos especies.
- Un obispo español** ¡Al Emperador, no! ¡Tanto más, a los bohemios!
- Severolus** *(levanta contra él el báculo)*  
  
¡Nada de interrupciones!
- Morone** Ya oisteis, sólo si los Padres no son unánimes,  
lo que de seguro no será así, lo que no espero,  
se ira al examen; mas si no,  
todo se dejará a la sabiduría del Papa.
- Novagerio** El trabajo sin pausa de todo el asunto,  
el examen, consideración y deliberación,  
exigiría todo un año  
y la discusión no se cerraría nunca.
- Brus** Pues, tanto más; primero lo más importante.  
  
*(se levanta el Conde Luna)*

- Severolus** ¡El Legado del Rey de España,  
el Conde Luna habla!
- El Conde Luna** ¿Debe entonces el Concilio, pregunto,  
precipitarse hacia el fin?  
¡Insisto en la discusión  
más profunda y detallada!
- El Lorenés** Pero oisteis, señor Conde,  
el piadoso discurso del Legado.
- El Conde Luna** (*malicioso y desafiante*)
- Señor Cardenal... por influencias  
sois ya hace tiempo Legado.  
¡Mas no lo sois de hecho,  
y, por eso, no se os pregunta!
- Los españoles** (*entre sí*) ¡Lo será aún, y pronto,  
el Papa se lo ha prometido!
- El Lorenés** (*furioso*) ¡Pues preguntaos ahora, Conde!  
¿Cómo llegasteis a la silla  
que está ahí fuera de todo orden?
- (*Luna se estira, riendo, en la silla*)
- Novagerio** (*al Lorenés*) Elegimos este medio; con ello,  
de ambas grandes naciones,  
ninguna quedará detrás.
- El Lorenés** ¡Aquí protestaré mañana  
en la sesión solemne!  
¡Reivindicaré la precedencia  
absoluta, como me corresponde!
- El Conde Luna** (*en voz muy alta*) ¡Ni el ancho de un dedo  
cederá el gran Rey de España  
a un menor de edad como vos!
- El Lorenés** (*se vuelve, colérico, a los Legados*)
- Si primero no recibo mañana  
ante el español  
el incensario y el beso de paz...
- Severolus** (*levanta el báculo*) ¡El Obispo de Budoja!
- (*Budoja ha pedido la palabra; se pone lentamente de pie y comienza*)
- Budoja** ¡Guay! ¡Guay!  
Ya no hay paz entre los pueblos,

y los príncipes están divididos:  
habla el Profeta...  
¡Guay! ¡Guay!

(sombrió)

¡Todos tus enemigos abren su boca!  
Te sermonean... regañan los dientes...

**Severolus**

¿Cuánto tiempo pensáis hablar,  
señor Obispo? -- He de rogaros;  
lo que tengáis que decir, decidlo brevemente.  
Pues más de quince minutos,  
por decisión de los Legados,  
a nadie le está permitido hablar.

**Morone** (a Budoja, con enojo contenido)

¡Hariais mejor en no hablar nada,  
que traer interjecciones  
sin sentido y sin provecho!

*Budoja vuelve a sentarse algo avergonzado.- Tras un breve silencio tranquilizador, Morone se levanta de nuevo.*

¿Tenéis a bien, Padres, despachar juntos  
la Misa y el Breviario?

**Los italianos**

¡“Placet! ¡“Placet”!

**Todos los demás**

¡“Non placet”! ¡“Non placet”!

**Avosmediano** (se pone de pie; tranquilo, pero cortante)

¡Si el Concilio no permite la libertad  
de discutir todos los puntos con seriedad y amor,  
y los artículos de reforma serán  
sólo tocados y no sopesados,  
propongo nuevamente la prolongación  
y protesto solemnemente contra el término!

**Los italianos** (furiosos)

¡Es un cismático!  
¡Expulsadlo!  
¡Quemadlo! ¡Quemadlo! Etc.

**Morone** (a Avosmediano)

¡A quien hoy, con toda su alma,  
no desea la rápida salida del debate,  
no le llamo yo cristiano piadoso!

**El Lorenés** (en voz alta)

¡Ésta es la libertad del Sínodo!



*Responde un estruendo ensordecedor de toda la sala: voces, pitos, gritos, pataleo. El Obispo de Budoja grita, haciendo bocina con las manos. Sólo Novagerio, Morone, Madruscht, Brus y los españoles no toman parte en él. Estos últimos se levantan excitados. El Patriarca Abdisu vuelve a despertarse con el ruido. Morone ha deliberado con Novagerio. Se pone ahora de pie y alza las manos, para hacerse oír, pues el levantar del báculo del Maestro de Ceremonias no sirve ya para nada. En este momento, dan las doce.*

**Morone** (*después de hacerse un poco de silencio*)

En este estado de ánimo  
no se puede continuar con bendiciones.  
Además, es mediodía: con preocupación  
y vergüenza levanto la sesión.  
Mas oíd lo que digo ahora seriamente,  
lo que el Legado tiene que anunciaros:  
la segunda hora después de mediodía  
ha de encontrarnos reunidos aquí de nuevo;  
¡y aunque se prolongue hasta metida la noche,  
hoy será acabada la tarea!  
A vosotros, amados Padres, os exhorto ahora,  
especialmente al noble Conde,  
a poneros la vestimenta de la mansedumbre:  
dejad dormir las amarguras.  
Para la unidad sirva mi plegaria.  
¡Amados Padres! ¡Id en paz!

*Con gran excitación, disputando, amenazando, gesticulando, todos se dirigen a la salida. Primero, y en grupo cerrado, los españoles. Algunos clérigos italianos, entre ellos Budoja, permanecen aún un rato en el foro.- Novagerio y Morone se han adelantado juntos al proscenio, a la izquierda. Más a la derecha, el Lorenés, Madruscht y Brus forman grupo algo más atrás.*

#### Sexta escena

**Morone** (*desesperado, a Novagerio*)

¡Y ahora, qué! ¡Y ahora, qué! ¿Aún creéis  
que llegaremos al final?

**Novagerio** (*impávido*)

Sin España, si tiene que ser así:  
¡tenemos que hacerlo, y lo haremos!

*El Obispo de Budoja se ha acercado ahora furtivamente a Morone; los restantes de su grupo se han dispersado.*

**Budoja** (*a Morone*)

Venerable, decid, ¿es seguro del todo  
que mañana hay clausura? ¿Del todo irrevocable?

*Morone no le atiende; se vuelve hacia el Lorenés, que se ha quedado solo, pues Madruscht y Brus han desaparecido en el interior del palacio.*

**Morone** (*al Lorenés*)

¿Por qué teniais que irritar también al español?

**El Lorenés** (*vehemente*)

¡Vosotros lo irritasteis aún más! ¡A él y a todos!  
¡Avosmediano tenía razón! ¡Y si a un francés  
le ocurriera lo que a él le pasó,  
por Dios eterno, yo me marcharía  
y apelaría a un Concilio libre!

- Budoja** Mas si mañana no está concluido,  
y nosotros tenemos aún que quedarnos...
- (Morone le vuelve la espalda)*
- Novagerio** *(al Lorenés)* ¡Dejad al fatuo,  
al español, la precedencia!  
¡Esto es lo que él quiere,  
y entonces todo estará bien!
- El Lorenés** *(a Novagerio)* ¡No lo creáis! ¡No cederé  
una pulgada ante este español!
- Budoja** *(a la vez, a Morone)* ¿En caso de más larga estancia  
habrá derecho a dietas?...
- Morone** *(al Lorenés)* Bien, así la entera ceremonia  
no tendrá seguramente lugar.
- El Lorenés** ¡Entonces, ateneos a las consecuencias!
- (el Obispo de Budoja toca ligeramente a Morone; éste clava en él una mirada furiosa e interrogante)*
- Budoja** Se tendrá seguramente derecho a...
- (cauteloso, más despacio)*
- Pienso en dietas... provisiones para el viaje...
- Morone** *(grita)* ¡Provisión para el cuello, a vos, Señor!  
¡Ya os vendrá algo de Roma, pero no dietas!  
¡Encomendaos a Dios, Señor!
- El Obispo de Budoja se da la vuelta en silencio y se eclipsa.*
- Novagerio** *(ríe)* Es un papanatas, un perfecto bufón.
- (campechano, a ambos)*
- Mantened, pues, la paz.
- (al Lorenés)*
- Pensad en el Papa.
- (coge las manos de ambos y las une como bromeando)*
- Y ahora venid conmigo a mi casa,  
para una parva colación. ¿Gustáis, Padres?

## Séptima escena

*Desde hace ya algún tiempo han aparecido servidores italianos y alemanes, que se ocupan en ordenar los bancos y las sillas que habían quedado en desorden. Cuando los Legados han abandonado la sala, se congrega en seguida en el foro un grupo de criados españoles.*

**Los criados españoles** (*cuchichean entre ellos*)

¿Lo habéis visto?  
¿Lo habéis oído?  
¡El noble Conde y el piadoso Señor, ofendidos,

(*mientras señalan a los criados italianos*)

ofendidos por el pueblo endiablado!  
¡Los perros, allí! ¡Los perros, allí!  
¡Vosotros, perros, allí! ¡Vosotros, perros, allí!

**Los criados italianos y alemanes** (*entre sí*)

¿Qué quiere, pues, la chusma, allí?

(*a los españoles*)

¡Fuera! ¡No tenéis nada que hacer aquí!

**Los españoles**

¡Se apresuran... las criaturas...  
al fin, al fin!  
¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!  
¡Palabras del diablo!

**Los italianos** (*entre ellos*)

No les hagáis caso... pensad en la advertencia.

(*a los españoles*)

¡Fuera, a la calle! ¡Llamaremos al Señor!

*Toda clase de chusma se ha reunido, viniendo de la calle, y aprietan a los españoles hacia el interior de la sala.*

**Los españoles**

¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Vosotros, miserables, vosotros!  
¡Vosotros, gallinas! ¡Perros italianos!

**Un criado italiano**

¡Lo mataré!

**Los españoles**

¡Miserables puercos!

**Los italianos y los alemanes**

¡Infames españoles!

**Los españoles**

¡Cobardes del demonio!

**Los italianos**

¡Bestias sarnosas!



TERCER ACTO  
Preludio orquestal

Primera escena

*La habitación de Palestrina como en el primer acto. El gran sillón de orejas está ahora cerca de la ventana. El escritorio está apartado a un lado. Ya cae la tarde. Su luz entra de lleno por la ventana. Constante tañer de las campanas de Roma. En la habitación están cinco jóvenes cantores de la Capilla de la iglesia de Santa María la Mayor, de Roma. El primero y el segundo se hallan junto a la puerta de entrada, miran repetidamente afuera y parecen aguardar algo; el tercero, con las manos cruzadas detrás, está junto a la silla del positivo, así que su mirada cae directamente sobre la ventana, a través de la cual se divisa Roma como en el primer acto; el cuarto se encuentra un par de pasos detrás del sillón; el quinto, en el foro, un poco hacia el centro entre la entrada trasera y el cuarto cantor.- En el sillón está sentado Palestrina, con los ojos medio cerrados. Está recostado totalmente en él, los brazos le cuelgan a los lados. En relación al primer acto, aparece envejecido. Delante, a un lado, está arrodillado Ighino. Sus manos y su cabeza descansan sobre la mano izquierda de Palestrina. Detrás del sillón, a la derecha, está de pie, como dispuesto a prestar ayuda, una figura pequeña y mísera, Giuseppe, el viejo criado de Palestrina.- En todo el grupo reina un estado anímico de espera y como de quietud alrededor de un enfermo.*

<b>Primer cantor</b>	Cuánto tiempo permanecen...
<b>Segundo cantor</b>	Cuánto tiempo cantan...
<b>Tercer cantor</b>	Ya cae la tarde...
<b>Cuarto cantor</b>	Cómo suenan las campanas de San Pedro...
<b>Quinto cantor</b>	La noche traerá la decisión...
<b>Cuarto cantor</b>	¡Quiera ser benigna para el pobre!
<b>Primer cantor</b>	¡Quiera ser benigna!
<b>Quinto cantor</b>	La decisión...
<b>Palestrina</b> ( <i>sin moverse o sin abrir los ojos</i> )	Muchacho mío, di... ¿quienes son los hombres?
<b>Ighino</b> ( <i>poniéndose de pie, a Palestrina</i> )	Vinieron a ver cómo estás. ¿No los conoces? Son tus cantores.
<b>Palestrina</b> ( <i>vuelve lentamente la cabeza y la mirada hacia el lateral derecho</i> )	Los cantores...
<b>Ighino</b>	Tu coro...
<b>Segundo cantor</b>	Qué viejo su rostro...



por la Misa y por ti.  
Yacías en la prisión, con cadenas.  
Ellos vinieron e irrumpieron en la casa:  
sólo la Misa debía salvarte...

*(colérico)*

Se la proporcioné...  
¡A los verdugos! Que yo fuera capaz,  
oh, padre, fue terrible;  
pero aún más terrible llamaba  
en el corazón la angustia por ti.  
Ahora me has sido devuelto de nuevo,  
y la Misa resuena en el mundo.  
¡Despierta ahora también a la vida  
para tu hijo, que te tiene abrazado!

*Palestrina lo atrae hacia sí más cerca. Silencio y emoción. De repente se oye en la calle, alto, el grito de numerosas voces, que parece acercarse a la casa.*

**Voces** *(fuera, aún lejos)*

¡Viva! ¡Viva!  
¡Viva Palestrina, el salvador de la Música!  
¡Viva Palestrina!  
¡Viva Palestrina, el salvador de la Música!  
¡Viva, viva! ¡El salvador de la Música!  
¡Viva!

*Ighino y Giuseppe se quedan con Palestrina; los cinco cantores van hacia la puerta de entrada, donde les sale al encuentro en seguida, corriendo, un cierto número de cantores de la Capilla papal.*

## Segunda escena

**Los cantores de la Capilla papal**

¿Está aquí Palestrina, el maestro?  
¿Está en casa el gran hombre?  
¿Sabéis bien quién os dirige?  
¿Sabéis bien con quién hacéis música?  
¿Lo sabéis bien?  
¿Con quién tratáis a diario?  
¡El músico más grande está en Roma! *(bis)*  
¡Lo ha dicho el propio Santo Padre!  
¡Y la nueva Misa es su mejor obra!  
¡También ha complacido a los Cardenales,  
cuando la cantamos en la santa Casa!  
¡Ha producido una gran impresión! *(bis)*  
¡Cuando la cantamos en la santa Casa,  
se oyeron exactamente las palabras!  
¡La hemos hecho oír magníficamente, sí, magníficamente! *(bis)*  
¡Se oyeron exactamente las palabras! *(bis)*

*(contentos de sí mismos)*



¡Oh, Palestrina, tú, recipiente de la Gracia,  
Dios habla a través tuyo...

(desesperado)

y yo no lo reconocí.

(inclina de nuevo la cabeza, llorando; Palestrina intenta tranquilizarlo)

**Palestrina** ¿Qué ocurre?... Amigo mío...oh, amado, pero levantaos.

**Borromeo** ¡Ay, deja llorar al pecador, déjalo llorar!

**Palestrina** No quiero impedir la dicha de las lágrimas,  
celebrada sea la hora sagrada así.  
Recipientes tú y yo; rotos a golpes aquí.  
Pero el hálito del amor se eleva desde los pedazos.  
¡Todo aspira a la Gloria, siéntelo, amigo mío!

**Borromeo** Oh, Palestrina... Palestrina...

*Con la más apasionada contricción, Borromeo quiere besarle los pies a Palestrina. Este lo levanta rápidamente y le besa en la mejilla. Permanecen un momento en mudo abrazo; después, Borromeo se desase de prisa y abandona el escenario con el rostro vuelto. Palestrina permanece sumido en pensamientos. Ahora se adelanta desde un rincón Ighino y corre jubiloso a colgarse del cuello de su padre. Palestrina, tranquilo, lo retiene algún tiempo contra su pecho y acaricia sus cabellos. Durante la conversación que sigue Palestrina mira por encima de la cabeza de Ighino, de manera que éste no puede ver su mirada ni la expresión de su rostro.*

**Ighino** Oh, padre, ¿no vuelves a estar ahora satisfeho?  
Ahora eres el más famoso de todos,  
en los tiempos más lejanos serás todavía nombrado.  
¡Y no sólo nombrado, tus obras serán cantadas!  
El Papa te dará también, seguro, un buen sueldo.

(muy cariñoso)

¡Ahora volverás a vivir... reirás de nuevo!  
Pero estás tan callado... di: ¿no te alegras, pues?

**Palestrina** Claro, claro, hijo mío... sólo que... mira...  
ya no soy joven.  
No me alegro tan en alto... antes bien, en el interior.  
¿No le contarás a Silla mi fortuna?

**Ighino (titubeando)** Ay, padre... Silla, velo... ya no está aquí...  
¡Mas créelo, ciertamente no es desagradecido!

(desconcertado)

Él está... se marchó...

**Palestrina (sonriendo)** ...con Bardi, a Florencia.

**Ighino** (*sorprendido*)

¿Así, lo sabes ya?

**Palestrina**

No era difícil de adivinar.  
Mira, juventud quiere juventud. Pero tú  
te quedarás conmigo, ¿no es verdad, Ighino?

**Ighino** (*en voz baja*)

Sí, contigo.

*(vuelve a reclinar la cabeza en el pecho de Palestrina. Un momento de sosiego; después suenan otra vez, en la calle, las exclamaciones)*

**Voces en la calle**

¡Viva Palestrina, el salvador de la Música!  
¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el salvador de la Música!

**Ighino**

Oye, esto es por ti...

*(abandona alegremente su lugar)*

¡Ay, déjame ir un poco a la calle!  
Apenas me contengo de alegría...  
Tengo que gritar, saltar  
y oír cómo elogian a mi padre.

**Palestrina**

¡Salta, pues, muchacho mío, alégrate,

*(toma la cabeza de Ighino entre las manos)*

querido mío,  
bendito Ighino! Salta cuanto quieras.

*Ighino se cuelga una vez más del cuello de su padre y corre saltando a la calle, colmado de felicidad.- Palestrina permanece de pie, tranquilo, unos instantes. Después de la partida de Ighino, su mirada se torna seria y profunda.- Los últimos rayos del sol poniente han desaparecido ya de la habitación, de manera que ésta aparece sumida en penumbras.- Palestrina da unos pasos y permanece algún tiempo contemplando el cuadro de Lucrecia.- Se aparta del cuadro; ahora está junto a la silla del positivo y comienza a decir con expresión devota, honda y sencilla.*

**Palestrina**

Fórmame ahora, la última piedra  
en uno de tus mil anillos,  
Tú, Dios... y estaré

*(con tranquila y casi alegre elevación)*

contento y lleno de paz.

*Con las últimas palabras, se sienta en la silla del positivo y se sume, tocando suavemente, en pensamientos musicales, con la mirada perdida en el infinito por encima del teclado.- Desde la calle resuenan de nuevo los gritos.*

**Voces**

¡Viva, viva Palestrina! ¡Viva Palestrina!

*(sólo algunas voces, lejanas)*

¡Viva el salvador de la Música!

*(muy lejos, apenas audibles)*

¡Viva! ¡Viva!...

*Paestrina parece no escucharlas. Cae lentamente el telón.*